

Cuento

Mención (Concurso XXIII, 1990)

CUENTO DE LA NIÑA Y EL PAYASO

Ietza Chapela *

Seis de la mañana. Olor a maíz, sudor y leche fresca se extiende por las calles. Una niebla discreta se levanta, al salir el sol, para mojar un poco las piernas de los indios que salen tempranito a trabajar al campo, pero no llega ni al balcón de las casas de los señores, que a esa hora estarán todavía durmiendo, o empezando a despertarse, entre canto de canarios en los pasillos y movimientos de criadas en la cocina.

Así despertó Carmen, a quien todos llamaban Carmencita. La niña Carmencita, de apenas trece años vividos en ese pueblo entre lomas y bosques raleantes, despertó en su camita de sábanas bien estiradas (es de mala cuna moverse demasiado por la noche), bien vestidita con el camisón blanco, aunque algo despeinada, y con la cara roja de dormir calentita y sin pecados. Porque era lunes, el día anterior había ido a la iglesia a confesar sus mentiras y faltas de devoción de la semana, sus antojos y otras pequeñas maldades. Había comulgado y vuelto a casa, a comer en familia, siendo bue-

* Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco.

na todo el tiempo, bañada en esa luz que le crecía alrededor algunos días, cuando Dios parecía estar tan cerca de ella. Carmencita quería ser santa.

Carmencita pensaba, pensaba mucho, quizá más de lo que ella misma se daba cuenta. Y entre esos pensamientos aparecían ideas sobre su vida, sobre el futuro. Algunas de sus primas, con las que había jugado a las muñecas, la matatena y al alimón, ya estaban casadas, y no venían más a visitarla a ella, sino a su mamá, orgullosas y modestas a la vez, como debe ser una mujer, llenas de esa nueva vida que sus esposos les habían traído. La niña, entonces, se sentaba en un sillón, cerca de la ventana pero no demasiado, y cogía un libro de oraciones, una costura, algo que tener en las manos, para que nadie pudiera reclamarle su ocio, y entre puntada y puntada o página y página echaba un ojo afuera, esperando, a ver si se enamoraba alguien de ella y venía a montar guardia en la esquina de enfrente. Hizo esto cada tarde, hasta que se aburrió, y se dedicó a leer vidas de santos. Empezó a ir a la iglesia todos los días, acompañada de su pobre nana, que se quedaba dormida en algún banco mientras Carmencita, de rodillas, pedía a Dios que le mostrara su camino. Dios le correspondió en un par de ocasiones, y entonces fueron días triunfales, muy arriba del mundo, en los que no había humillación ni dolor que la hirieran, ni aburrimiento, ni soledad, ni nada, ni siquiera esa opresión que otras veces sentía, ese deseo de correr al campanario, de tocar a rebato y gritar a la gente de la plaza: “¡Dios existe, está aquí! ¡A bailar, todos!” En esos días había sólo paz, una alegría sencilla, y un transcurrir en la dulzura del estar con vida, haciendo mansa-

mente los trabajos de costumbre, buscando lo simple, lo pequeño, para extasiarse en su contemplación.

Despertó Carmencita, y se lavó la cara y se vistió, y, mientras su nana la peinaba, se sentó a mirarse en el espejo. Era rubia, muy rubia, y todos le admiraban el color, que le venía de los abuelos, españoles, a través de su padre. Él tenía los ojos azules más bonitos del mundo. Los de Carmen, en cambio, como los de su madre, eran negros. Más que negros, eran de un tono extraño, entre castaño oscuro y amarillo, que a veces se volvía un poco verde. Feos, pensaba Carmencita.

El día era el de siempre. Desayuno de leche y chocolate, pan, fruta, guisado. Luego vino tía Antonia, a dar clase de piano a un grupito de primas, que aprovecharon para contarse novedades, en voz baja y aprisa, antes de regresar cada una a su casa. Después, Carmen se escondió en el patio, a leer bajo el árbol de limón. Y en eso estaba, con el libro en la falda y la vista perdida entre las nubes, cuando apareció, a todo correr, su nana.

—¡Vámonos, Carmencita, vámonos al mercado!

Y se las olió sospechosas, porque la nana nunca iba al mercado, ni salía de la casa a menos que fuera indispensable. Así que decidió no protestar, y fue rápido a ponerse el pañuelo.

Llegando a la plaza, la mujer hizo algo más raro todavía: en lugar de pararse en los puestos de dulces, o en los de hilos, o siquiera en los de pescado, cogió fuerte de la mano a Carmencita, y la arrastró hacia el sur, fuera del pueblo. Cuando estaban por llegar al espacio vacío y polvoriento en que se celebraban los jaripeos y las ferias, cogió un paliacate, le tapó los ojos a Carmencita, y la fue llevando, deján-

dola asombrarse con una serie de ruidos desconocidos, para que se imaginara a gusto qué forma podían tener los seres que los producían. Después de unos minutos, le quitó la venda.

Lo primero que hizo Carmencita fue pegar un brinco y cogerse del brazo de su nana. Pero, en unos segundos, se dio cuenta de que lo que veía no era más que la enorme, colorida y maravillosa carpa de un circo, a medio levantar, rodeada de hombres, animales y carromatos.

—¿De dónde vino, nana?—, quiso preguntar, pero se detuvo a tiempo y, recuperando su posición de señorita, dijo:

—Y tú, ¿cómo supiste que *esto* había llegado? —el “esto” le salió arrastrado, como debía ser, porque un circo era cosa para niños o indios.

—Yo me enteré, niña Carmencita. Me enteré nomás, niña.

Era demasiado. Se dio vuelta, y, sin voltear a ver si la nana la seguía, regresó al pueblo.

A la hora de la siesta, su hermanito entró corriendo al cuarto.

—¿Sabes que llegó un circo? —preguntó, respirando con agitación.

¿Ah, sí?

—¡Sí, y yo voy a ir a verlo hoy en la tarde, porque me voy a escapar mientras mi mamá duerme. Voy a salir con mi amigo Pepe, y vamos a ir a ver cómo hacen el circo —el hermanito no paraba de moverse—. Y, el domingo, cuando sea la función, vamos a ir con mi papá, tú, y yo, y mi primo Gilberto, y...

—¡Yo no quiero ir al circo! —gritó Carmen.

La tarde se ponía insoportable, con ese tono gris de las últimas horas, y el calor de los rayos de sol pegaba directamente sobre la almohada. Después de dar vueltas y más vueltas, de venta-

na a ventana, de la cama a la silla y a la mesa, del ropero a la puerta, Carmen se fue a la cocina. Ahí estaba la nana, platicando con una cocinera sobre la carpa que levantaban en el llano.

—¿No le molesta que hablemos de esas cosas, niña? —preguntó la mujer, y a Carmencita le pareció que, a propósito, había subrayado la última palabra. Se irguió y arrugó la boca.

—Hablen, hablen si quieren. Yo nada más vine a pelar unas nueces. Ni las oigo ni nada.

Así, Carmen se enteró de que el circo venía de muy lejos, era “internacional”, y tenía trapeceistas, tragafuegos, dos tigres, un león y otros artistas, por lo menos quinientos. Y, lo mejor de todo, que habría un desfile. Y que pasaría, precisamente, frente a las ventanas de la sala, desde donde incluso una señorita respetable podría observar, bien protegida por las cortinas de gancho, todas las sorpresas que traería.

Al día siguiente, Carmen, con sus dos primas más jóvenes, se instaló en la sala a hacer costura. A las seis, trompetas, acordeones y tambores anunciaron el comienzo del desfile. Estaban las tres solas, así que se dieron el lujo de pegarse a los cristales, esperando, ansiosas, hasta que vieron al primer caballo, engalanado con un penacho blanco, aparecer por el fondo de la calle. Detrás del animal, conducido por una señorita mal vestida con seda y lentejuelas, venían tres payasos, uno alto y flaco, otro gordo y bajo, y otro que era un enano. En una carreta con barrotes, un león somnoliento bostezaba.

—¡Ay, Dios mío, qué dientes! —dijo una prima.

—¿Aguantarán, esos barrotes? —dijo la otra.



—Si no aguantan, ahí está el domador —dijo Carmen.

—¡Y qué guapo! —dijo la segunda prima.

El domador, vestido, como corresponde, con casaca y pantalones de montar, botas altas, sombrero de copa, y un látigo larguísimo, tenía, además, unos bigotes negros, puntiagudos, y unos ojos brillantes, que se detuvieron un momento en la ventana, mientras él hacía un saludo quitándose el sombrero.

—¡Ya nos vio! —dijo una prima, escondiéndose tras el respaldo del sillón.

—Debe ser novio de la del caballo —dijo la otra prima.

—No —dijo Carmen—, debe ser novio de la trapecista.

En ese momento pasaban una trapecista mujer y dos trapecistas hombres, obviamente hermanos. Un niño, con un mono y un perro, cerraban el desfile. Las primas se sentaron nuevamente a coser, sin hablar, concentrada cada una en sus recuerdos.

—Cuando tenía tu edad, a Carmencita le asustaban los payasos —dijo el papá.

El hermanito rió, y lo mismo los mayores. Hasta la criada se habría reído, de haber entendido el español. Carmen bajó la cara, y se entretuvo en mojar un bolillo en chocolate.

—Una vez —continuó papá— la llevamos al circo, y se quedó dormida. En eso, salieron los payasos. Uno se acercó y, justo en el momento en que ella se estaba despertando, el payaso le puso la cara bien cerquita, con la lengua de fuera. ¡Se asustó muchísimo! Desde entonces, no quería ni verlos— volvieron a reír, un largo coro de risas alrededor de la mesa.

Se hizo de noche, Carmen se fue a

la cama. La nana la ayudó a ponerse el camisón, le cepilló bien el pelo, se lo recogió en una trenza, y la acostó. Luego vino mamá, a darle la bendición y el beso. Al salir, apagó la lámpara, dejando sólo una pequeña veladora encendida.

La luna, redonda, hizo despertar a Carmen. Estaba cubierta de sudor.

Como en un sueño, con ese ritmo de las cosas inevitables, se levantó y empezó a vestirse. Un gato corría de pasillo en pasillo, y Carmen estuvo a punto de tropezar con él varias veces, en su camino a los lavaderos.

Las pilas de agua brillaban, se oía el goteo constante de la fuente. Junto al gallinero esperaba una puertecita de madera.

Carmen nunca había salido de su casa tan tarde. Tampoco había salido antes sola. Caminaba sigilosa, sobresaltada por todas las sombras y sonidos. Pero tenía que ir, tenía que ver, y, aún sin saber por qué, estaba cada vez más emocionada.

Salió del pueblo. En la explanada, se elevaba la carpa del circo, rodeada por las tiendas más pequeñas.

Carmen se aproximó, dio vueltas entre las jaulas cubiertas con grandes lonas, atenta a los nuevos olores. De los carromatos salían suspiros: la gente del circo dormía. Alguien gimió en sueños, otro roncaba alegremente, alguno, más allá, había despertado y encendido una pequeña luz...

Esto último asustó a Carmen, que echó a correr y se escondió detrás de un árbol. La luz le permitía ver la sombra del que había despertado.

Entonces, se abrió la puerta del carromato, y uno de los payasos (lo reconoció por la estatura, por la forma de pararse como buscando el viento, por la mano que se movía por separado, libre de obligaciones para con el

resto del cuerpo) descendió la escalerilla y avanzó hacia el árbol.

Carmen se pegó al tronco lo más que pudo, tratando de no respirar, pero él ya la había visto. La luna hacía parecer su silueta como la de un fantasma vestido con falda y blusa blancas.

—Situaciones de opio —dijo el payaso.

Carmen guardó silencio. Estaba, como nunca en su vida, aterrada. Sentía un pavor perfecto, que la invadía toda y no dejaba espacio a ningún otro sentimiento, idea ni imagen. En cuerpo y alma se moría de miedo, y había algo de gozo, algo de voluptuosidad en ese miedo y su exclusividad.

—Situaciones... —repitió él—. Encontrar a la dama hermosa, vestida de blanco, con el rostro inocente de una niña, temblando, como un árbol que se arrima a otro. Encontrar a la dama, y preguntarse si existe. Situaciones de opio.

Extendió la mano, y tocó levemente la tela de la manga de Carmen. Ella gimió, pero no consiguió moverse.

El payaso pareció sorprendido por el gemido. Sentándose en la tierra, se puso a observar a Carmen. Ella entonces se dio cuenta de que su rostro, ya sin el maquillaje ni la nariz de goma, era bello, y de que el color de su pelo no era naranja, sino negro, un pelo algo largo, enredado y sucio, como si el payaso hubiera tenido un ataque de fiebre.

—¿Qué haces aquí?

Silencio. Carmen no conseguía entrar de nuevo en sí misma. Se puso de pie y siguió al payaso, que se dirigió al carromato.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él, mirándola con atención a la luz de la vela.

—María del Carmen... Jazmín... Udiarte.

—Jazmín... qué lindo nombre —Carmen sonrió un poco— ¿Y tu papá es el señor Udiarte, el dueño de este terreno, de la tienda, del molino y de la carnicería?

—La carnicería, no. Ésa es de mi tío.

—¿Y qué haces tú, de noche, en el circo?

Carmen no contestó, pero el payaso había olvidado la pregunta.

—Yo me llamo Isaías, pero también El Flaco y Cachimbolas. Soy payaso y actor, y ¿te cuento un secreto? También un poco brujo.

Fascinada, Carmen se había ido acercando al payaso. Él la ayudó a sentarse en una silla, y continuó hablando, al tiempo que daba vueltas a su alrededor y movía las manos, como en un baile antiguo.

—Vivo en el circo, soy del circo y el circo es mi casa, mi trabajo y mi amigo. Soy amigo del circo, por eso soy payaso... aunque también he sido domador, pero eso no importa. Por ahora, me ocupo de hacer reír a otros y asustar a los niños... como a ti, por ejemplo. Pero eso tampoco importa. ¿Que qué es lo importante, entonces, me preguntas? Pues una sola cosa: que no puedo dormir. Ayer no existe, y tampoco mañana, la vida se reduce a una larga noche que no acaba, a mi insomnio de siempre. Lo importante es que estoy despierto, y decido salir, y me encuentro con la dama extraviada, y pienso que es un sueño. Pero no, no lo es. Torpemente me acerco y la asusto... Yo no hubiera querido asustarla ¿Quién querría hacerlo, cuando por fin la encuentra? ¿Tuviste miedo, dama?

—No mucho.

En ese caso, eso tampoco nos interesa ya. Además del insomnio, queda sólo el encuentro. Pero ella parece ser

Cuento

muy joven, tiene rostro de niña, y eso la convierte en La Inocencia, que viene a visitarme ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —mintió Carmen.

—Sí, eres muy joven ¿Por qué vino La Inocencia a visitarme?

—Hacia calor en mi casa...

El payaso abrió sus ojos enormes, y soltó una risa profunda.

—Así que me contestas que, ¿tenías calor, y saliste a caminar? Pues bien, es tiempo de que te vayas, señorita Jazmín, bellissimo jazmín. Te acompañaré hasta tu puerta, para que no te asusten otras sombras, y nadie te verá volver a casa. Mañana no habrá ya más que día, pero, fíjate, después vendrá la noche, y yo sabré que lo único que cuenta es mi insomnio. Claro que, para ti, será lo mismo. Creerás que lo que te rodea es verdadero... No me escuches más, Jazmín—terminó, y la tomó de la mano para llevarla a casa.

Carmen aún cuidaba a sus muñecas. Esto es, Carmen era una niña, según creían todos, e incluso ella misma, por más que fingía no querer creerlo. Lo de ser señorita era no más que un juego, que se hacía un poco más serio cada año.

El día vino y se fue, y Carmen, con su ropa de niña, tocó el piano y jugó con un perrito. Con su disfraz de niña que se acerca a señorita, platicó con la nana y se miró demasiado tiempo en el espejo. En el papel de santa, dijo sus oraciones y lloró de emoción. Después, se fue a dormir, creyendo que ella era eso, la simple suma de sus acciones diarias. La noche anterior, que no entraba en la cuenta, se fundió con los sueños que no recordaba al despertar.

El sábado, Carmen lloró por el payaso. Ocurrió de madrugada, a la hora

más fría y oscura. Despertó, y la palabra insomnio estuvo dando vueltas por su mente, hasta que apareció un recuerdo. Mientras su mente recorría el camino de regreso, saltando de una imagen a otra, las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Volvía a oír una voz que la llamaba dama, y Jazmín, un nombre que nadie había usado antes. Un nombre pequeño, extraño, que no era de santa. Se lo había puesto una tía abuela a la que, en la familia, sólo su madre recordaba.

Abrazó a su muñeca, y sintió un deseo vago de ternura, de compañía. Ya no pudo dormirse, y se quedó con la conciencia de aquello durante todo el día, arrastrándose de un lado a otro y viendo cosas que no había visto antes.

Por ejemplo, el silencio. El silencio gratuito, sin causa ni principio, de los que la rodeaban. Oía sus palabras, y veía el silencio. Decían y decían, pero no había nada. No llegaban a ella sentimientos, las palabras morían antes de haber salido de las bocas. Vio también los gestos amputados, las iniciativas clausuradas. Y, finalmente, que en ese mundo también había cariño, pero un cariño negro, que apenas la dejaba respirar. La tenían encerrada en su cariño, y lo que ellos amaban era una envoltura, y no a Carmen-Jazmín, que muy lejos, en el fondo, se moría de sed y de tristeza. Porque ni ella misma se quería.

Por la noche, el insomnio seguía. Después de muchas horas, supo que el único camino era el de salida. Carmen se levantó y salió de la casa, esta vez no en un sueño, sino en la nueva realidad a la que había llegado.

Entre los árboles que rodeaban la explanada, corría un riachuelo, y junto a él se había sentado el payaso. Tenía un acordeón en las manos, del que sacaba algunas notas sueltas.

Carmen lo oyó desde lejos, y, fue a sentarse a su lado. El payaso le tomó una mano y se la besó, para luego seguir tocando. Durante todo el tiempo que hubo estrellas, Carmen estuvo junto a él, y escuchó sus palabras. Después, el payaso la acompañó a su casa, y ella entró en su cuarto, en su cama, y se durmió contenta, como si el día anterior hubiera comulgado.

Domingo. Emoción en el pueblo. Se acercaba la hora de la función del circo. Esa mañana, en la iglesia, la gente no había atendido al sermón, y ahora

se apresuraban a volver a sus casas para comer y dormir una siesta llena de sobresaltos, y luego vestirse con las mejores ropas y adornos para el gran espectáculo.

Una función de circo es igual a otra. Suspenso, risa, vacíos en el estómago y, muy probablemente, un vacío aún mayor en la esperanza, como siempre sucede al acabar aquello en lo que se había confiado para que nos transformara. Entre una y otra cosa, música, lentejuelas, valor y belleza, cuerpos rápidos frente a los ojos ávidos, y, para sacudir a la razón, los



animales que hacen cosas de hombres, y los animales que los hombres dominan para inspirar al público respeto del misterio. Hay circos grandes, pequeños y medianos, circos que no son nada y circos que han llegado desde Europa, pero todos se basan en el mismo principio: lo extraño se acerca a nosotros, parece invitarnos a entrar en él, pero no nos permite aproximarnos demasiado. La dosis justa de miedo, un poco de tambaleo, para variar, sin compromiso, pagado en un boleto que no es tanto un permiso de entrada como una seguridad de salida.

Domingo por la tarde. Mientras el sol se ponía, la gente del pueblo, y la de otros pueblos más pequeños, iba y venía entre la carpa principal y los puestos de comida y otras cosas, que habían llegado apenas ese día.

Entre la gente, Carmen. No había entrado a la función. Decían que era por miedo a los payasos. Pero se había dejado convencer para ir a mirar entre los tenderetes, y comprarse una cinta para el pelo, un dulce, una nueva muñeca. Su padre que la llevaba todo el tiempo de la mano, la dejó al fin al cuidado de la nana. Pero la mujer iba muy distraída, y cuando, ya de noche, la familia se reunió para el regreso, la hijita había desaparecido. La buscaron en el circo, interrogaron a la gente. Toda la noche el señor Udiarte, acompañado de familiares y sirvientes, registró casas, mulas, carretas.

Al amanecer, el circo estaba despierto, listo para marcharse, y de la niña no había un solo rastro. Antes de dejar partir la caravana, los hombres la revisaron nuevamente, sin resultado. El padre volvió a casa, resuelto a pedir ayuda del ejército.

Kilómetros después, a mediodía, el

circo se detuvo, Isaías fue por agua y, con una jarra llena, volvió a su carronato. Ahí, sobre la cama, dormía Jazmín. Él se acercó y la sacudió suavemente.

—Ya estamos lejos. ¿Quieres despertar? —pero ella no respondía.

Isaías sonrió, y le limpió la cara con un paño húmedo. Ella apenas respiraba. Él escogió, de entre varias botellas guardadas en una caja de metal, una pequeña, con un líquido rojo en su interior.

—Hora de que despiertes —murmuró, deslizando entre los labios de Jazmín unas cuantas gotas.

Ella abrió los ojos, y se asustó. Al reconocer el lugar, se quedó muy quieta, a la espera.

—Te he raptado —dijo el payaso—. Como yo, ahora eres del circo. ¿Sabes que, cuando tenía tu edad, me escapé para hacerme malabarista? Después fui domador, y ahora, payaso...

Jazmín se irguió, apretando los labios. Él le puso las manos en los hombros.

—No vayas a llorar. Ahora estás en el circo, y ya podemos compartir insomnios. ¿No era lo que querías?

Un gesto cruel recorrió la cara del payaso, pero, inesperadamente, Jazmín rompió a reír, lo abrazó, y de un salto se paró en el centro del carronato. De una de las macetas que había por ahí, tomó un clavel, y se lo puso a Isaías en el pelo. Entonces él, que hasta el día anterior se había sentido preso en el circo, recordó, al fin, que había llegado ahí porque quería ser libre, y su rostro brilló de alegría. Volvía a comprender.

¿Y si montáramos un número de acróbatas? —dijo Isaías.